

www.elboomeran.com/

TEJU COLE

COSAS CONOCIDAS  
Y EXTRAÑAS

ENSAYOS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Known and Strange Things*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 2016 by Teju Cole

Todos los derechos reservados

© de la traducción, 2018 by Miguel Temprano García

© de la ilustración de la cubierta (detalle de la fotografía original),

by Rene Burri / Magnum Photos / Contacto

© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, fragmento de *Men on a Rooftop* (1960), de René Burri

ISBN: 978-84-17346-26-3

DEPÓSITO LEGAL: B. 21 534-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

|                |   |
|----------------|---|
| <i>Prólogo</i> | 9 |
|----------------|---|

### PRIMERA PARTE COSAS LEÍDAS

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| Cuerpo negro                      | 15 |
| Nativos en el barco               | 29 |
| El alojamiento del señor Biswas   | 37 |
| Tomas Tranströmer                 | 45 |
| La poesía de los ignorados        | 50 |
| Siempre de regreso                | 57 |
| Una agonía de mejor calidad       | 65 |
| Derek Walcott                     | 69 |
| Las coartadas de Aciman           | 74 |
| Doble negación                    | 78 |
| En lugar del pensamiento          | 83 |
| Conversación con Aleksandar Hemon | 88 |

### SEGUNDA PARTE COSAS VISTAS

|                              |     |
|------------------------------|-----|
| Un lago sin nombre           | 105 |
| Wangechi Mutu                | 113 |
| La vejez y nada más          | 117 |
| Un César africano            | 122 |
| Peter Sculthorpe             | 128 |
| Desplazamiento hacia el rojo | 131 |
| John Berger                  | 134 |

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| Retrato de una dama                   | 137 |
| Lección práctica                      | 143 |
| Saul Leiter                           | 149 |
| Un auténtico retrato de la piel negra | 153 |
| Gueorgui Pinkhassov                   | 160 |
| Perfecto e improvisado                | 168 |
| <i>Disappearing Shanghai</i>          | 173 |
| <i>Touching Strangers</i>             | 178 |
| Quien lo encuentra se lo queda        | 183 |
| La <i>macchia</i> de Google           | 188 |
| El atlas del estado afectivo          | 197 |
| Recuerdos de cosas no vistas          | 203 |
| La muerte en la pestaña de búsqueda   | 208 |
| El cielo inquieto                     | 214 |
| Contra la neutralidad                 | 219 |

TERCERA PARTE  
ESTAR ALLÍ

|                        |     |
|------------------------|-----|
| Lejos de aquí          | 227 |
| Hogar, extraño hogar   | 242 |
| La reimpresión         | 245 |
| La guerra de un lector | 260 |
| Locos y especialistas  | 268 |
| Lo que es              | 273 |
| Kofi Awoonor           | 275 |
| Cautiverio             | 280 |
| En Alabama             | 283 |
| Leyes injustas         | 287 |
| Tierra brasileña       | 293 |
| Ángeles en invierno    | 302 |
| Sombras en São Paulo   | 318 |
| Dos semanas            | 324 |

|  |       |
|--|-------|
| La isla                                    | 3 3 3 |
| Reconciliación                             | 3 3 6 |
| Echadlo abajo                              | 3 4 0 |
| El complejo industrial del salvador blanco | 3 4 5 |
| «Perplejo ... perplejo»                    | 3 5 5 |
| Un pedazo del muro                         | 3 6 8 |

CUARTA PARTE  
EPÍLOGO

|                                      |       |
|--------------------------------------|-------|
| Punto ciego                          | 3 8 5 |
| <i>Agradecimientos</i>               | 3 9 1 |
| <i>Créditos de las ilustraciones</i> | 3 9 3 |
| <i>Origen de los textos</i>          | 3 9 5 |

*Para Michael, Amitava y Siddhartha.*

## PRÓLOGO

¡Oíd! Yo conozco la fama gloriosa  
que antaño lograron los reyes daneses,  
los hechos heroicos de nobles señores.<sup>1</sup>

Siempre que pruebo una estilográfica nueva en una tienda escribo los primeros versos de *Beowulf* tal como los tradujo Seamus Heaney. Hace años memoricé esa primera página. Con el tiempo, éstas fueron las palabras que antes acudían a mi mano cuando probaba el flujo de la tinta. Y, una vez, un dependiente de una tienda me miró por encima del hombro y dijo: «¡Vaya, qué bonito! ¿Se lo ha inventado usted o...?».

Somos la suma de nuestras costumbres. Si alguien me pide que diga algo en yoruba, casi sin pensarlo recito un trabalenguas de mi infancia: *Opolopo opolo ni ko mo pe opolopo eniyan l'opolo l'opolo* ('Muchas ranas no saben que mucha gente es muy inteligente'). Cuando pruebo el micrófono en un discurso o un evento público, en lugar de cantar escalas o contar empiezo a explicar el chiste favorito de Lucian Freud, un chiste sobre fluidos corporales que también es notable por no ser particularmente «freudiano» en el sentido asociado con Sigmund, el abuelo de Lucian.

La mujer de un alcoholico a la que se le ha agotado la paciencia le dice: «Oye, no lo aguanto más. Si vuelves otra noche a casa oliendo a licor y con la camisa sucia de vómito, se acabó. Pediré el divorcio».

<sup>1</sup> *Beowulf y otros poemas anglosajones*, trad. Luis Lerate, Madrid, Alianza, 1999. (Salvo indicación contraria, todas las notas son del traductor).

PRÓLOGO

Él se las arregla para no meterse en líos una temporada, pero pronto vuelve a sentir el gusanillo de la bebida y sus amigos le insisten para que salga con ellos ese fin de semana. Normalmente, en ese momento los técnicos de sonido me dicen que ya tienen lo que necesitan y el chiste termina ahí.

Escribo los primeros versos de *Beowulf*, recito mi trabalenguas en yoruba, cuento el chiste de Lucian Freud: somos criaturas de convenciones privadas. Pero también somos el modo en que ampliamos nuestros horizontes. Este libro recoge algunos de mis entusiasmos más vitales, e incluso un lector no muy atento comprobará enseguida qué sitios y qué escritores son mis piedras angulares. No obstante, también incluye algunos descubrimientos, entre ellos descubrimientos de ciertas cosas que ahora considero una parte irremplazable de mi vida.

El hombre dice: «No, mi mujer ya no aguanta más. No puedo volver borracho a casa». Y uno de sus amigos responde: «Mira, es muy fácil. Métete un billete de veinte en el bolsillo de la camisa». «¿Un billete de veinte? ¿Para qué?». «Para que cuando vuelvas a casa, si te has vomitado en la camisa, puedas decirle a tu mujer: “Estoy sobrio, pero en el pub un tipo me ha vomitado encima. Lo ha sentido mucho, y mira—entonces sacas el billete—, me ha dado un billete de veinte para la lavandería».

Antes siempre me preguntaba cómo sería la libertad creativa. Si pudiese escribir sobre cualquier cosa, ¿sobre qué escribiría? He tenido la inmensa fortuna de disfrutar justamente de esa oportunidad. Gracias a los encargos de diversos periódicos y revistas, en respuesta a varias ocasiones e invitaciones he podido seguir mi olfato y pensar en una gran variedad de cosas. El ámbito al que volvía con más frecuencia es la fotografía. Pero la literatura, la música, los viajes y la política también eran cuestiones que me intere-



PRÓLOGO

saban mucho. Mediante el acto de escribir, he podido descubrir lo que sabía de estas cosas, lo que podía saber y dónde estaban los límites del conocimiento.

Así que el tipo piensa: «Es una idea genial». Ese fin de semana sale con sus amigos y se emborrachan como de costumbre. Vuelve dando tumbos a casa. Se ha vomitado encima. Va hecho un desastre. Ella lo ha esperado despierta, y a las primeras de cambio le dice: «Mírate, eres asqueroso, no te sabes controlar, se acabó». «Espera, espera», balbucea él. En ese momento, los técnicos de sonido repiten: «Ya está, muchas gracias».

Este libro se aproxima de forma más flexible a los «ensayos» que la mayoría de las obras de su género. Pero no es un compendio de la no ficción que he publicado en un período de ocho años de escritura casi constante. Y, desde luego, no es un intento de hacer una relación sistemática de todos mis intereses. He excluido muchas piezas más breves, unas cuantas columnas de periódico y algunos artículos que eran demasiado circunstanciales para incluirlos aquí. En los años que cubren estos ensayos he pensado mucho sobre poesía, música y pintura, he viajado a docenas de países y me he relacionado con muchos artistas interesantes sobre los que no he escrito, o no he escrito como quisiera.

Hay otro libro posible que incluye todo lo que no aparece en éste. En ese libro ocupan el escenario otras costumbres, se registran otras vivencias desconocidas, y los chistes se cuentan hasta el final. No obstante, la desventaja de ese libro es que faltaría todo lo que aparece aquí. Omitiría estas vivencias en favor de otras. Ese otro libro tendría un carácter distinto: tal vez tendría un tono más crítico, sería más analítico e incluiría juicios más argumentados. Pero este libro que el lector tiene entre las manos, aunque reúne todos estos elementos, prefiere la epifanía. Pienso en las palabras de la señora Ramsay en *Alfaro*: «Todo parecía po-

PRÓLOGO

sible. Todo iba a las mil maravillas [...] De momentos así está hecho todo lo que es eterno».<sup>1</sup>

Este libro contiene lo que he amado y presenciado, lo que me ha gustado y lo que me ha alegrado, lo que me ha inquietado y animado, y lo que ha estimulado mi sentido de lo posible y me ha hecho sentir, tal como escribió Seamus Heaney, como «una prisa a través de la cual pasan cosas conocidas y extrañas».

<sup>1</sup> Virginia Wolf, *Al faro*, trad. Miguel Temprano García, Barcelona, Lumen, 2011.

PRIMERA PARTE

# COSAS LEÍDAS

## CUERPO NEGRO

Luego el autobús se sumergió entre las nubes, y entre una nube y la siguiente vislumbramos los destellos del pueblo de abajo. Era la hora de cenar, y el pueblo era una constelación de puntos amarillos. Llegamos treinta minutos después de salir de la ciudad llamada Leuk. El tren a Leuk había llegado de Visp, el tren de Visp procedía de Berna, y el anterior venía de Zúrich de donde yo había partido por la tarde. Tres trenes, un autobús y una breve caminata, todos por paisajes preciosos, hasta que por fin llegamos a Leukerbad en la oscuridad. Así que no era nada fácil llegar a Leukerbad, aunque objetivamente no estuviese lejos. Día 2 de agosto de 2014: era el cumpleaños de James Baldwin. Si hubiese estado vivo habría cumplido noventa años. Es una de esas personas que están a punto de dejar de ser contemporáneos y de convertirse en figuras históricas—John Coltrane habría cumplido ochenta y ocho ese año; Martin Luther King hijo, ochenta y cinco—, esas personas que podrían seguir entre nosotros, pero que a veces nos parecen muy lejanas, como si hubiesen vivido hace siglos.

James Baldwin dejó París y vino por primera vez a Leukerbad en 1951. La familia de su amante Lucien Happersberger tenía un chalet en un pueblo de las montañas. Así que Baldwin, que en esa época estaba deprimido y angustiado, se marchó y el pueblo (que también se llama Loècheles-Bains) resultó ser un refugio para él. Su primer viaje fue en verano, y duró dos semanas. Luego volvió, para su propia sorpresa, otros dos veranos. Aquí dio su forma definitiva a su primera novela, *Ve y dilo en la montaña*. Llevaba ocho años debatiéndose con el libro, y por fin lo terminó

en este improbable retiro. También escribió otra cosa: un artículo titulado «Stranger in the Village»; fue ese ensayo, más incluso que la novela, lo que me llevó a Leukerbad.

«Stranger in the Village» se publicó por primera vez en *Harper's Magazine* en 1953, y luego en la colección de ensayos *Notes of a Native Son*, en 1955. Relata la vivencia de ser negro en un pueblo de blancos. Empieza con la sensación de estar en un viaje a un lugar muy lejano, como Charles Darwin en las Galápagos o Tété-Michel Kpomassie en Groenlandia. Pero luego se abre a otras preocupaciones y a una voz diferente, y pasa a considerar la situación racial en la década de 1950 en Estados Unidos. La parte del ensayo que se centra en el pueblo suizo es al mismo tiempo triste y divertida. Baldwin es consciente del absurdo de ser un escritor neoyorquino a quien los lugareños suizos, muchos de los cuales no han viajado nunca, consideran inferior en cierto sentido. Pero después, cuando escribe sobre la raza en Estados Unidos, ya no le hace ninguna gracia. Es profético y colérico, escribe con claridad diáfana y se deja llevar por una elocuencia apresurada.

La noche en que llegué tomé una habitación en el hotel Mercure Bristol. Abrí las ventanas a un paisaje oscuro, aunque sabía que en esa oscuridad se alzaba la montaña Daubenhorn. Preparé un baño caliente y me metí en el agua hasta el cuello con mi viejo ejemplar en rústica de *Notes of a Native Son*. El sonido metálico que llegaba de mi ordenador portátil era Bessie Smith cantando *I'm Wild About That Thing*, una picante canción de blues y una obra maestra de negación verosímil: «*Don't hold it baby when I cry | Give me every bit of it, else I'll die*» [No me lo quites, cariño, cuando lloro, | dámelo entero o me muero], que podría referirse a un trombón. Y fue ahí en la bañera, con las palabras de Baldwin y la voz de Bessie Smith, cuando sentí que me convertía en un doble del escritor: allí estaba en

CUERPO NEGRO

Leukerbad, mientras Bessie Smith cantaba a través de los años desde 1929; y soy negro como él; y soy más delgado; y tengo un hueco entre los dientes; y no soy muy alto (no, escríbelo: bajo); frío sobre el papel y animado en persona, excepto que es al revés; y también fui un ferviente predicador adolescente (Baldwin: «Nada de lo que me ha ocurrido desde entonces ha igualado el poder y la gloria que sentía a veces cuando, en medio de un sermón, sabía que, por alguna razón, por algún milagro, estaba de verdad difundiéndolo, como decían ellos, “la Palabra”, cuando la iglesia y yo éramos uno»); y yo también dejé la iglesia; y digo que Nueva York es mi hogar incluso cuando no estoy viviendo allí; y me siento yo mismo en todas partes, desde Nueva York hasta la Suiza rural soy el custodio de un cuerpo negro, y tengo que encontrar la forma de expresar todo lo que eso significa para mí y para quienes me miran. El ancestro había tomado posesión del descendiente brevemente. Fue un momento de identificación, y en los días que siguieron ese momento me sirvió de guía.

Baldwin escribió: «A juzgar por las pruebas disponibles, ningún hombre negro había puesto un pie en este minúsculo pueblo suizo antes de mi llegada». Pero el pueblo ha crecido mucho desde sus visitas hace más de sesenta años. Ya han visto negros; ya no llamo la atención. Algunos me miraron en el hotel mientras firmaba el registro y en el restaurante elegante que hay carretera arriba, pero siempre hay quien me mira. Me miran en Zúrich, donde estoy pasando el verano, y me miran en Nueva York, que ha sido mi hogar durante catorce años. Me miran en toda Europa y en la India, y en cualquier sitio al que vaya que no sea África. La prueba es cuánto duran las miradas, si se convierten en miradas fijas, cuál es su intensidad, si hay algo de burla y hostilidad, y hasta que punto los contactos, el dinero o la forma de vestir me protegen en esas situaciones. Ser un foras-

tero equivale a que te miren, pero ser negro equivale a que te miren de forma especial. («Cuando voy por la calle los niños gritan: “*Neger, neger!*”»). Leukerbad ha cambiado, pero ¿en qué sentido? No hay pandillas de niños por la calle, de hecho apenas hay niños. Es probable que, como los niños del mundo entero, estén en casa, jugando a videojuegos con el ceño fruncido, consultando Facebook o viendo vídeos musicales. Es posible que algunos de los ancianos que vi en la calle fuesen los mismos niños que se sorprendieron al ver a Baldwin, y con quienes, en su ensayo, se esfuerza por ser razonable: «En todo esto, es preciso admitir que se notaba el hechizo de la auténtica sorpresa y que no había ningún elemento de grosería intencionada, aunque nadie parecía pensar que era humano: era sólo una maravilla viviente». Pero ahora los niños o nietos de esos niños están conectados al mundo de un modo distinto. Tal vez en su vida haya algo de racismo o de xenofobia, pero otra parte de su vida son Beyoncé, Drake y Meek Mill, la música que se oye retumbar desde fuera de las discotecas suizas los viernes por la noche.

Baldwin tuvo que llevar sus discos consigo en la década de 1950, como un alijo secreto de medicinas, y tuvo que cargar con su fonógrafo hasta Leukerbad, para que el sonido del blues estadounidense lo mantuviera conectado a un Harlem del espíritu. El tiempo que pasé allí oí esa misma música para estar de algún modo con él: Bessie Smith cantando *I need A Little Sugar In My Bowl* («*I need a little sugar in my bowl | I need a little hot dog on my roll*»), Fats Waller cantando *Your Feet's Too Big*. También oí mi propia música: Bettye Swann, Billie Holiday, Jean Wells, *Coltrane Plays the Blues*, The Physics, Childish Gambino. La música con la que viajas te ayuda a crear tu propio tiempo interior. Pero el mundo también aporta la suya: una tarde, cuando me senté a comer en el restaurante Römerhof—ese día to-

dos los clientes y los camareros eran blancos—, la música que sonaba era *I Wanna Dance With Somebody*, de Whitney Houston. La historia es ahora y es la América negra.

A la hora de cenar, en una pizzería, hubo quien me miró. Los turistas británicos de una mesa no me quitaban los ojos de encima. Pero la camarera era en parte negra, y en el hotel uno de los empleados del spa era un viejo negro. «Las personas están atrapadas en la historia y la historia está atrapada en ellas», escribió Baldwin. Pero también es cierto que los pequeños fragmentos de historia se mueven a enorme velocidad, se detienen con una lógica no siempre clara, y rara vez se detienen mucho tiempo. Y tal vez más interesante que el hecho de que yo no fuese el único negro del pueblo es el hecho de que muchas de las personas eran también forasteras. Éste era el mayor cambio de todos. Si en aquel entonces el pueblo tenía un ambiente piadoso y convaleciente, como una especie de «*Lourdes de segunda fila*», ahora es mucho más animado, y está abarrotado de visitantes de otras zonas de Suiza, Alemania, Francia, Italia y toda Europa, Asia y las Américas. Se ha convertido en el balneario termal más popular de los Alpes. Los baños municipales están llenos. Hay hoteles en todas las calles, con toda clase de precios, y también hay restaurantes y tiendas de artículos de lujo. Si quieres comprar un reloj de precio exorbitado a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, ahora es posible hacerlo.

Los mejores hoteles tienen sus propias piscinas termales. En el hotel Mercure Bristol tomé el ascensor para bajar al spa y me senté en la sauna. Unos minutos después me metí en la piscina y me quedé flotando en el agua caliente. Había más gente, pero no mucha. Caía una lluvia suave. Estábamos rodeados de montañas y suspendidos en el cielo inmortal.